

EL PAQUICEFALOSAURIO

Pude clonar a un maldito paquicefalosaurio.

¿Cómo? Fue algo complicado: Tenía 20 años y mi afición era el buceo (y los dinosaurios, obviamente). Estaba en la Antártida de expedición con muchos amigos, íbamos a sumergirnos en las heladas aguas para analizar cómo era un iceberg.

Buceando con linternas, fuimos bajando para calcular su tamaño, su edad, etc., y vimos algo curioso en su interior. No era un paquicefalosaurio, era un mosasáurido congelado. Lo primero que hicimos fue romper con cuidado trozos del iceberg hasta dejarle casi expuesto. Nos dimos cuenta de que el tiempo le había pasado factura, pero pensé: "¿qué habrá en su interior?". Picamos aún más y descubrimos un paquicefalosaurio conservado de una manera razonable. Pero el ADN estaba intacto.

El proceso de clonación se hizo analizando las cadenas, que estaban completas, luego se fecundó el óvulo de un avestruz ya que sus huevos eran lo suficientemente grandes para albergar aquel dinosaurio. Y así conseguí el huevo.

Justo en esa noche se me ocurrieron un montón de inconvenientes: ¿Tenía que decir algo al gobierno? ¿Y si lo ocultara? ¿Haría lazos y me costaría separarme de él? ¿Y si se revelase y me matase? ¿Y si...?

Tuve que tomar pastillas para dormir durante toda la semana.

En una de las mañanas mi alarma no fue la causante de la interrupción de mi sueño, sino un reptil extinto recién nacido restregando su saliva por mi cara (y no sabía muy bien). Estuve a punto de gritar, pero me di cuenta de que quizás habría levantado la sospecha de un vecino mío y que hubiesen llamado a la policía. No obstante, lo

pensé de nuevo y no tenía nada de sentido, así que acabé gritando tras tres segundos interminables.

La criatura, en vez de asustarse y huir de mí, trató de replicar mi grito, algo que salió adorablemente mal porque acababa de nacer. Olvidé por un momento todas esas preocupaciones acariciando a mi nueva mascota, y esta se dejó caer sobre mi pecho. Qué maldito dolor, su cráneo parecía una bola de bolos.

Desmintiendo mitos: el paquicefalosaurio no era un escamoso, estaba recubierto de plumas; sus plumas, suaves y acogedoras, tenían una gama de colores muy abierto; sus brazos eran bastante largos, casi como para poderse poner en una posición cuadrúpeda, que, de hecho, lo hacía; y era omnívoro porque se había comido mi bocadillo de jamón york.

"¿Y dónde va a mear ahora?" se me pasó por la mente. "¿Dónde haría sus necesidades un dinosaurio?" pensé. Di con la solución: una especie de hoguera en mi jardín. Me levanté un poco somnoliento para ir a la cocina, y descubrí que el paquicefalosaurio me seguía. Me estaba muriendo de ternura.

Abriendo la puerta del armario para coger una taza y el café, se dio cuenta de cómo le miraba el reptil, de su curiosidad insaciable, y cómo movía su cola de izquierda a derecha como si fuese un gato. Luego abrí la nevera para asir el brick de leche, y el dinosaurio se quedó contemplando toda la comida que había hasta que la cerré.

Una vez hecha la bebida, crucé las piernas al sentarme en un taburete y mantuve contacto visual con mi reciente mascota removiendo la taza con una cucharilla. Di unos toquecitos a otro taburete que tenía adyacente indicando que se subiese. El paquicefalosaurio dio un pequeño salto, pero se quedó corto y estuvo agarrado al

borde. Su propio peso hizo que se cayese al suelo, y por los pelos evité que le cayera el taburete encima.

Después de mi rutina matutina, me quedé en mi salón para jugar con él, o ella, aún no había descubierto su sexo. Lo que sí era que era juguetón. Era gracioso el clac que hacían sus garras al andar por el suelo.

Lo mantuve oculto durante dos años, cuando este alcanzo más o menos mi estatura. Le llamé Nao porque pensé que sería el nombre perfecto para un animal supuestamente extinto y porque descubrí que era macho. Casi no emitía sonidos, Nao era bastante silencioso, pero cariñoso y amable. Le enseñé a sentarse, tumbarse, dar una vuelta, dar la patita y a hacerse el muerto.

Así fue hasta que decidí sacarle a pasear a la calle (no quería limpiar toda su vida sus excrementos en mi jardín). Tuve suerte porque tenía doble puerta para la entrada y, dentro, no tenía ninguna puerta, Nao era bastante ancho y no cabría en una normal. Nao estaba muy nervioso por salir por primera vez a la calle, aunque mi vecindario no era muy ruidoso. Paseándole, me encontré con la Sra. Ramírez. Dije que era un animatrónico, sin embargo, ella llamó a la policía.

La policía, por un momento, no se lo creyó hasta que Ramírez, histérica, hizo una videollamada. Yo no iba a atacarla, pero tampoco podía dejar a Nao allí y que se lo llevaran. La policía acabó felicitándome por el buen trabajo del “animatrónico”, pero me advirtieron de que no fuese por ahí asustando a la gente. Ramírez finalmente confió en mí. Mis pulsaciones bajaron y me di cuenta de que, así, podría convencer a cualquiera si mis amigos mantuvieran el secreto.

Me convertí en alguien localmente famoso, dejaba que las personas tocasen y acariciasen al dinosaurio mientras creían que era un robot muy bien hecho. Para

que Nao no entrara en pánico, decía a la gente que tenía un comportamiento muy realista por una IA que “no podía controlar”. Y fui ganando más fama, hasta que, un día, me llamaron a la puerta de mi casa. Abrí. Era el FBI.

Categoría: tercero y cuarto de la ESO

Pseudónimo: Soubo

Modalidad: relato